

¿SEDENTARISMO O NOMADISMO?
LA METÁFORA EN EL ÁMBITO
DE LA CONCEPCIÓN DE LA VIDA
EN EL HABLA COTIDIANA*

SEDENTARISM OR NOMADISM?
METAPHOR IN THE CONCEPTION
OF LIFE IN EVERYDAY SPEECH

Héctor Ramírez Cruz^{**}

Universidad Nacional de Colombia

* Esta investigación fue adelantada en el contexto de la Maestría en Lingüística que cursé en la Universidad Nacional de Colombia, como parte de mi formación.

** *heracruz@yahoo.es*

Artículo recibido 01-02-05, artículo aceptado 25-04-05

Resumen

Este artículo analiza expresiones metafóricas de hombres y mujeres y pretende, mediante el análisis reconstructivo de metáforas, reconocer las metáforas conceptuales fundamentales mediante las cuales viven hombres y mujeres. Como Análisis Crítico del Discurso, inscrito en los estudios de género, se interesa en revelar relaciones de dominio existentes entre hombres y mujeres o estructuras de poder generadas por la sociedad para la conservación de un determinado orden social. Para el análisis se tomaron 20 relatos recopilados por los estudiantes de la Maestría en Lingüística de la Universidad Nacional de Colombia durante el primer semestre del año 2004, en los cuales los narradores –10 hombres, 10 mujeres– contaron el acontecimiento más importante de su vida. En las muestras de habla recogidas se examinan metáforas orientacionales, ontológicas y conceptuales del género femenino y masculino y se establecen las diferencias pertinentes, siguiendo las pautas de análisis de Lakoff y Johnson (1980) y considerando estudios precedentes.

Palabras clave: *metáfora, habla cotidiana, estudio de género, análisis crítico del discurso, nomadismo, sedentarismo.*

SEDENTARISM OR NOMADISM? METAPHOR IN THE CONCEPTION OF LIFE IN EVERYDAY SPEECH

Abstract

This article looks at the use of metaphorical expressions by men and women. By means of a reconstructive analysis of metaphors with the goal of identifying the fundamental conceptual metaphors men and women live by. As part of Critical Discourse Analysis within the study of genre, the study aims to unveil the power relationships between men and women, or structures of power that are generated by the society in order to maintain a given social order. The corpus included 20 stories gathered by students in the Master's Degree Program in Linguistics at Universidad Nacional de Colombia during the first semester of 2004. It included narrations by 10 men and 10 women of an important event in their lives. Orientational, ontologic, and conceptual metaphors of feminine and masculine genre are examined and relevant differences are established following the guidelines by Lakoff y Johnson (1980) as well as former studies in the field. Keywords: *metaphor, vernacular, study of genre, critical analysis of discourse, nomadism, sedentarism.*

Según Lakoff y Johnson (1980, p. 39), la metáfora constituye uno de los mecanismos conceptuales fundamentales por medio del cual representamos el mundo y lo expresamos en relativa concordancia con la manera como lo experimentamos. Aunque los mecanismos de percepción y de conceptualización sean de la misma naturaleza en el lenguaje humano, existen radicales diferencias en la manera en que distintos grupos humanos metaforizan el mundo, pues las experiencias nunca serán idénticas en las distintas comunidades, como tampoco la forma como la cultura particular las interpreta, les impone un significado propio y las expresa. De la misma manera, creemos que las metaforizaciones del mundo pueden aún conservar diferencias importantes en los pequeños grupos –incluso entre individuos– dentro de una misma cultura o sociedad, pues las experiencias en el mundo, aunque sociales, no dejan de ser personales. Lakoff y Johnson (1980, pp. 60-61) indican que cada subcultura concede prioridades distintas a los valores y las metáforas que usa y que, incluso, esto puede variar de uno a otro individuo. Además, las funciones sociales que el grupo cultural impone a cada clan generan maneras distintas de interactuar con el mundo y de interpretarlo. Por esta razón, consideramos que la manera como hombres y mujeres metaforizan el mundo, las personas, sus experiencias, los objetos, pueden ser sustancialmente diferentes –aunque conserven semejanzas– y pueden, además de ilustrarnos la manera como cada género conceptúa el mundo, revelar estructuras de poder perpetuadas por las funciones, responsabilidades y formas de interacción que la sociedad occidental delega a hombres y mujeres.

Con esta intención última se analizó un corpus de 20 historias de vida, recopilado por los estudiantes de la Maestría en Lingüística de la Universidad Nacional de Colombia durante el primer semestre del año 2004. El corpus contiene relatos de cinco minutos en los que hombres y mujeres, entre 24 y 30 años de edad, nacidos y residentes en Bogotá, provenientes de estrato tres y cuatro y con un nivel de educación media o superior, narraron el acontecimiento más importante de su vida. En las muestras de habla se plantea analizar las expresiones metafóricas sobre la vida que nos ilustren la manera como conceptúan su existencia particular y que, en últimas, evidencien la metáfora fundamental mediante la que viven y expresan su existencia estos individuos. No obstante, las expresiones metafóricas aquí analizadas no necesariamente tienen como referente “la vida” en sí misma, sino que han sido halladas en la metaforización que se hace de los múltiples elementos que contiene el gran

conjunto de la vida: las personas, los eventos, los objetos, etc. En últimas, la metáfora pocas veces se expresa explícitamente y, por ello, validamos que su inferencia sea el producto de la reconstrucción analítica del investigador, pues, según Lakoff y Johnson (1980, p. p.42), “la metáfora no está meramente en las palabras que usamos”, sino en el concepto mismo que subyace a las expresiones específicas y a nuestra actividad cotidiana. La cristalización del objetivo presentó dificultades, pues las expresiones metafóricas de las mujeres evidencian una metáfora fundamental mediante la que ellas viven, por el contrario, en los relatos de los hombres es más difícil de hallar.

Sobre el total de las muestras recogidas se analizaron expresiones metafóricas masculinas y femeninas que estuvieran relacionadas, directa o indirectamente, con la vida. En la medida en que la densidad de los datos lo permitió, se reconstruyeron metáforas subyacentes a las expresiones metafóricas que se clasificaron como ontológicas, orientacionales o estructurales, conceptos a los que se aludirá más adelante. Posteriormente nos propusimos interpretar la posición que dichas metáforas revelan ante la vida de manera diferenciada entre informantes hombres y mujeres. Posiciones que, puestas en contexto, fueron valoradas de manera crítica por el investigador, en tanto revelasen, manifestasen, o tendiesen a la consolidación o perpetuación de relaciones de poder existentes en las transacciones que se establecen entre ambos géneros en la sociedad occidental industrializada. Nótese, desde ya, la asunción de una mirada cualitativa en la interpretación de los datos; incluso las metáforas mismas que se mencionan en el artículo son el resultado de la reconstrucción analítica de las expresiones metafóricas, como se mencionó en el párrafo anterior y como autorizan las sugerencias metodológicas de los autores en mención (Lakoff y Johnson, 1980).

La valoración, interpretación o cualificación de datos que consideramos significativos –pero que apenas constituyen un pequeño muestreo– no pretende ser definitiva ni concluyente, y es relativa a la densidad de la muestra analizada. Sin embargo, esperamos que posteriores estudios, con mayor grado de profundidad, evidencien la presencia de la metáfora en la vida cotidiana. Aspiramos a que lo que aquí se reduce a un estudio de caso logre ampliarse y consolidarse con otros estudios.

Como resultado fundamental vamos a encontrar que para las mujeres evidentemente *la vida es un viaje*, mientras que para los hombres parece más que *la vida es un escenario*. Lo interesante acá, no es, sin embargo, com-

prender qué es la vida para los informantes hombres y mujeres, sino cómo ellos experimentan esa vida y se ven representados en ella.

La vida es un viaje para nuestras informantes mujeres y *ellas son viajeras*, en las narraciones de los hombres, aunque la idea de movimiento –inherente al viaje aparece también– su metaforización representa movimientos que pasan a su alrededor, siendo los hombres cuerpos fijos –no viajeros–, o bien, representa episodios de los que ellos son protagonistas y, en ese sentido, se mueven en el escenario.

Cuando los hombres se mueven en el escenario de la vida, representado en sus relatos, no aparece en modo semejante la misma idea de viaje de las mujeres, para quienes es un movimiento horizontal hacia delante; mientras que los movimientos de los hombres parecen más verticales. Cuando se evidencian movimientos masculinos, éstos son para ascender en la escala socioeconómica y ganarse una posición social; son movimientos en los cuales ellos obtienen éxito sobre otros –en ese sentido, son movimientos verticales (*Bueno es arriba; estatus es arriba*, Lakoff, 1980, p. 53)–. De otra manera, cuando en los movimientos representados los narradores no son protagonistas, éstos aparecen como atentos observadores vigilantes, ejerciendo el control de la situación, manteniendo el orden en el escenario (*Control es arriba*, Lakoff, 1980: 52). Estas particulares formas de representarse en la vida y de representar la vida misma concuerdan con las obligaciones sociales del hombre occidental, al cual se le propone hacerse con una posición social de dominio y buscar situaciones estables de sedentarismo que le proporcionen bienestar a él y a su familia. Estas particularidades reflejan, además, la posición marginal que durante mucho tiempo la sociedad occidental asignó a la mujer, quien simplemente *acompañaba al hombre, iba con él*, sin residencia propia, aspirando a metas, claro, pero nunca definitivas, pues dependían de la voluntad del hombre o, en la perspectiva de la mujer, del rumbo que tomara su camino. En ese sentido, en la vida, el hombre es sedentario y la mujer es nómada.

Este artículo contiene una breve exposición de los conceptos fundamentales de la metáfora, en especial de las metáforas mediante las cuales vivimos, es decir, las metáforas de la vida cotidiana, así como una sucinta revisión de otra investigación similar realizada en Bogotá. Contiene, además, el análisis de los datos que sustentan la hipótesis y las conclusiones a que hemos llegado. En el marco referencial son nucleares los conceptos expuestos por Lakoff y Johnson en su tradicional obra *Metáforas de la vida cotidiana* (1980). En los

antecedentes del estudio tenemos en cuenta la reciente investigación de Soler (2004) sobre el habla de hombres y mujeres en Bogotá. En el desarrollo de las hipótesis acudiremos, con frecuencia, a los relatos analizados, de los cuales se incluyen algunos fragmentos en este trabajo. De acuerdo con las recomendaciones metodológicas de Soler (2004, p. 162), y acogiéndonos a la convención establecida, las expresiones metafóricas, correspondientes a lo que realmente dicen los hablantes, se transcriben entrecomilladas cuando van dentro del texto, y las metáforas se transcriben en mayúscula sostenida para denotar el proceso reconstructivo de la metáfora mediante el análisis del investigador, diferenciándolo, además, de lo que en realidad expresaron los informantes.

Tradicionalmente, la metáfora ha sido definida en términos estrictamente lingüísticos, desconociendo sus implicaciones conceptuales y experienciales en la vida de los individuos, por lo cual, y de acuerdo con lo expuesto por Lakoff y Johnson (1980, p. 39), se ha visto como un asunto célebre de escritores y poetas. Estos autores demuestran que la metáfora no es patrimonio exclusivo de los literatos, sino que la gente común las usa con frecuencia, en situaciones ordinarias. También sustentan que la metáfora no es sólo un asunto verbal, concerniente en exclusivo al lenguaje, sino que el pensamiento mismo tiene estructura metafórica y que numerosas acciones se experimentan metafóricamente.

Las definiciones clásicas¹ afirmaban que la metáfora es una figura retórica en la cual se sustituye, en virtud de una analogía semántica, el nombre (u otra unidad lingüística) de una cosa por otro, logrando así una transferencia de sentido. Aunque recientemente se trascendió el plano superficial de la simple comparación tácita y el transporte de sentido, y se reconoce que en la metáfora interactúan entre sí y se enriquecen mutuamente, varios sentidos, sólo Lakoff y Johnson (1980, p. 39) acertaron en descubrir que “la metáfora [...] impregna la vida cotidiana, no solamente el lenguaje, sino también el pensamiento y la acción” y que “*la esencia de la metáfora es entender y experimentar una cosa en términos de otra*” (1980, p. 41). Así, una expresión metafórica no es más que la evidencia lingüística de un fenómeno, acción u objeto que ha sido comprendido, conceptualizado o experimentado en términos de otro. En palabras de Soler (2004, p. 161) “la metáfora es un apareamiento entre dos dominios conceptuales en el sistema conceptual”.

1 Definiciones glosadas de las enciclopedias *Encarta*, (Microsoft, 2003) y *Sapiens, Lengua y Pensamiento* (Planeta De Agostini, 2002).

Esta última definición es especialmente aclaradora del funcionamiento de las metáforas. Los humanos estamos inmersos en el mundo, actuamos en él y lo interpretamos; para actuar necesitamos interpretarlo. Así pues, cada fenómeno u objeto necesariamente lo ponemos en relación con otro u otros dentro de nuestro sistema conceptual, lo cual da tanto sistematicidad a nuestros conceptos metafóricos y a nuestra estructura conceptual particular, como coherencia a la cultura. Entender y experimentar una cosa en términos de otra no es entenderla y experimentarla en todos y en los mismos términos de otra, de lo contrario serían una misma cosa: un mismo objeto, una misma acción, etc. En la metáfora se aparean de manera preferencial los dominios conceptuales que se corresponden en una y otra cosa, en una u otra experiencia, como explica Soler (2004), y quedan ocultos los que no se corresponden, aunque estos mismos pueden aparearse con otros dominios en otra metáfora, según explican Lakoff y Johnson (1980, pp. 46-49).

Por otra parte, aunque la metáfora es un fenómeno conceptual y de manera evidente se expresa lingüísticamente –no desconocemos procesos de metaforización presentes en las bellas artes, muy elaborados pero menos evidentes–, Lakoff y Johnson (1980, pp. 56-58) sustentan que todas ellas tienen su fundamento en experiencias, trátese de objetos, acciones, personas o, incluso, de estructuras conceptuales abstractas. No es gratuito que una metáfora como *bueno es arriba*, tenga su fundamento en experiencias tan elementales como que el campo visual del hombre se ubique en una posición superior, o que comúnmente la estatura alta se corresponda con corpulencia física, o que pequeños animales mueran aplastados (abajo) por seres de mayor tamaño. Es entendible una metáfora como *los problemas son un recipiente*, cuando se piensa en las dificultades que las personas ordinariamente tienen para liberarse de algunos de ellos (para salir) o cuando se analiza la manera como se adquieren. También es fácil entender, por ejemplo, el complejo concepto matemático de “división”, cuando se piensa que *la división es partir un objeto en varios* –pensarlo así, ya es, según las orientaciones de los autores, una experiencia.²

Los tipos de experiencia en que se fundamentan las metáforas pueden corresponderse, según Soler (2004, p. 162), con los tipos de metáforas expuestas por Lakoff y Johnson (1980, p. 50). Estos autores se refieren en par-

2 Para ampliar esta discusión, véase el capítulo 13, *Las bases de las metáforas estructurales*, de Lakoff y Johnson, 1980, pp. 101-108.

ricular a las metáforas orientacionales, a las ontológicas y a las estructurales. Las metáforas orientacionales tienen que ver con la orientación en el espacio y relacionan de diversa manera conjuntos de conceptos con otros conjuntos. Este tipo de metáforas surge en la vida cotidiana dado que el mundo está compuesto de cuerpos (nosotros unos de ellos) que funcionan en el espacio, se orientan, se dirigen, están en una posición, tienen un volumen y ocupan un espacio. Incluso los mismos conceptos se organizan espacialmente: una introducción aparece primero, luego un desarrollo y una conclusión; en geometría el concepto de plano cartesiano funciona también espacialmente: positivo es arriba del punto cero y a la derecha del mismo; negativo es abajo y a la izquierda de este punto. Por esta razón, la mayoría de metáforas orientacionales se dan en términos binarios arriba-abajo, izquierda-derecha, dentro-fuera, delante-atrás, etc. No obstante, como advirtió Soler en su estudio (2004: 168), no siempre este tipo de metáforas presenta dos términos bipolares; a veces puede tener uno sólo que implica una oposición o, incluso reunir más de dos términos que constituyen una escala diferenciada de términos excluyentes o complementarios. Ejemplos de metáforas orientacionales son *bueno es arriba; malo es abajo*, que se realiza en expresiones metafóricas del tipo “hace trabajo de alta/baja calidad”.³

Según Lakoff y Johnson (1980, p. 63), mediante las metáforas ontológicas, las personas entendemos nuestras experiencias, sentimientos, ideas, palabras, etc., en términos de objetos, sustancias o entidades discretas mensurables;⁴ es decir, elementos delimitados de alguna manera, los cuales, gracias a que los podemos medir, tocar, agrupar, discriminar, cuantificar, pesar, mover, etc., podemos “razonar sobre ellas”. Frecuentemente en nuestro medio escuchamos expresiones metafóricas como “me sacó la piedra” que enuncian la metáfora *los sentimientos son objetos*, y, por lo tanto, se pueden sacar, o *las personas son recipientes* que almacenan objetos que se pueden sacar.

Las metáforas estructurales, las cuales, según se ve en la exposición de los autores, son las más complejas, elaboradas y productivas, corresponden a casos en los que un concepto se entiende y experimenta en los términos de otro. En palabras de Lakoff y Johnson (1980, p. 50): “...un concepto está estructurado metafóricamente en términos de otro”. La productividad

3 Ejemplo tomado de Lakoff y Johnson (1980, p. 53).

4 Término para referirse a objetos que se pueden medir de alguna manera.

diferenciada de este tipo de metáforas –en comparación con las ontológicas y orientacionales– se debe a que ya no simplemente se metaforizan las experiencias, actividades u objetos más evidentes –quiero decir objetos, acciones o fenómenos concretos, sino que se metaforizan los conceptos mismos con relación a otros– similar a la función metalingüística del lenguaje. Así, las metáforas pueden adquirir la multiplicidad, pluralidad, diversidad y profundidad que caracterizan el sistema conceptual. Ejemplo claro de metáfora estructural es el tipo de metáfora fundamental que se plantea analizar en este trabajo, *la vida es un viaje*, realizada en expresiones metafóricas como “Ellos siguen su camino”.⁵ Aunque para su análisis necesariamente deben tenerse en cuenta los otros tipos de metáforas.

En el presente estudio es importante la consideración de estos tipos de metáforas para comprender, no sólo la manera como los informantes hombres y mujeres conceptualizan la vida, sino para darnos cuenta cómo actúan en el espacio (metáforas orientacionales) y revelar la manera como se relacionan con las entidades presentes en ese espacio (metáforas ontológicas).

Soler (2004) realizó un minucioso estudio de género en el cual, con un extenso corpus, analizó el habla de hombres y mujeres de Bogotá. En el apartado de *Género y metáfora* (2004, pp. 151-220), encontró que, dado que hombres y mujeres bogotanos no experimentan realidades cotidianas idénticas –antes, bien, tienen sustanciales diferencias– y que las metáforas tienen una base fundamentalmente experiencial, sus conceptualizaciones del mundo y, en consecuencia, sus metáforas de la vida cotidiana, son también esencialmente distintas aunque comparten algunas semejanzas. Expone que fundamentalmente los hombres conceptualizan sus realidades en términos de guerra, mientras las mujeres en términos de viajes. Por esto, metáforas estructurales propias del género masculino serían *la vida es guerra*; mientras que del género femenino, sería *la vida es un viaje*, como también se pretende ilustrar en este estudio.

Por otra parte, la autora halló que las mujeres hacen mayores metaforizaciones de sentimientos y se perciben como generadoras de los mismos. Los hombres, por su parte, hacen menor referencia a los sentimientos, y cuando lo hacen, son receptores de los mismos, no generadores. Los hombres, señala

5 Ejemplo tomado de Soler (2004, p. 210).

Soler (2004, p. 219), perciben a las personas como objetos y recursos que se usan y se agotan; las mujeres, en cambio, entienden las personas como objetos que hay que moldear y orientar en *el camino de la vida*, conducir las por dicho camino; en ese sentido, se ven como educadoras y protectoras. Los hombres, al referirse a los objetos, en especial a objetos materiales de valor o de importancia para ellos (el dinero, el carro, el balón, etc.), hacen metaforizaciones de persona; las metáforas de las mujeres, en cambio, son más diversas, y metaforizan los objetos como personas, animales o plantas, realidades con las cuales interactúan en mayor medida que los hombres. Finalmente, la autora señala que las metaforizaciones masculinas evidencian el papel, durante largo tiempo atribuido al hombre, de controlar, producir, gobernar, conquistar; mientras que las metaforizaciones femeninas evidencian los papeles domésticos y artesanales que le ha delegado la sociedad a la mujer.

El estudio de esta investigadora constituye un antecedente de gran importancia, no sólo por los ilustrativos resultados que arroja y porque es el primero que analiza, en Colombia, desde la lingüística, este tipo de fenómenos en relación con la metáfora, sino también porque, de alguna manera, revela la permanencia de estructuras sociales masculinas de dominio, a pesar de la emergencia de discursos ideológicos y políticos en los cuales se establece una aparente igualdad de los géneros, fenómeno que considero también refleja con claridad el presente estudio.

El artículo se divide en tres partes. En la primera pretendo demostrar que en las expresiones metafóricas de las narraciones de mujeres subyace la metáfora *la vida es un viaje*; mientras en las de los hombres permanece la idea de *la vida es un escenario*. En la segunda parte, esencialmente, me propongo mostrar los papeles que la mujer desempeña en su *viaje*; y el hombre, en el *escenario*. En la tercera parte, de acuerdo con mi hipótesis, hago una crítica de los modos de vida, sedentario de los hombres y nómada de las mujeres, propuestos por la sociedad occidental, y experimentados, en efecto, por los hombres y mujeres particulares.

La metáfora *la vida es un viaje* para las mujeres, explicada ya por Soler (2004, pp. 210-212), se evidencia de manera reiterada en las historias de vida femeninas recopiladas para este estudio. Frecuentemente las informantes mujeres hacen alusión a “caminos”, “sendas”, “desvíos”, “rumbos” o a la actividad misma de viajar mediante verbos como *seguir*, *continuar*, *marchar*, *pasar*, *salir*, *entrar*, etc. Veámoslo de manera más clara en los ejemplos. La

letra M, indica historia femenina; H, historia masculina. El número pospuesto a la letra indica el número de historia.

- M1: Otra de mis experiencias que me han llenado mucho es el hecho de haber podido terminar mi carrera, de haber podido estudiar *después* de haberme dedicado a mis hijos por tanto tiempo.
- M1: Aspiro a *seguir* colaborando al Banco de alimentos.
- M1: En *este momento* pues con Redes *esperando* a ver qué otra cosa se puede hacer... y *terminando* mi es... mi especialización, que es una gerencia social.
- M1: Y pues no, *seguir* para *adelante*, adelante, siempre *sacando* a mis hijos lo más *adelante* que pueda.
- M2: El momento más importante de mi vida fue *el paso* del colegio a la universidad.
- M2: *Ahora* que *estoy* aquí en la universidad eh... me siento muy contenta.
- M2: Mi mamá que es el apoyo más grande que he tenido, que es la que me, me, me da siempre la fuerza de *seguir adelante*.
- M2: Pienso que, que de esta universidad *voy a salir* muy bien preparada. Espero que, que ojalá, pues, pueda salir con mis compañeros también [...] ojalá que pueda *terminar* con ellos.
- M2: Otra cosa que también me gustaría hacer *más adelante* [...]
- M2: volver acá a Colombia y *seguir, seguir* haciendo cosas por mi país.
- M2: Yo agradezco mucho a todas las personas que *han estado conmigo hasta el momento*.
- M2: yo sé que *voy a llegar muy lejos*.
- M3: *Próximamente voy a terminar la carrera pero mientras que termino estoy eeee, estoy en otras actividades*.
- M3: Lástima que no haya conocido, pues, *ese espacio antes*.
- (16) M3: Llevamos más o menos unos tres meses que no teníamos *ningún objetivo* dentro del, de este trabajo, ni no *íbamos para ningún lado*.
- (17) M5: Se empezó a notar que David *venía en camino*.
- (18) M5: Había que cambiar el *ritmo de vida*.
- (19) M5: Me tocó *irme* sola, entonces duré todo el día en ese hospital rogando que alguien *llegara* a preguntar por la inocente niña mamá que había en ese hospital.
- (20) M6: Ese bebé... *se vino en expulsivo*.

- (21) M6: Cuando una persona que ha estado en mucho peligro *sale... sale* de todo eso, pues se va para su casa contento.
- (22) M7: Para *llegar a él*, tuve que pasar por *diferentes momentos* muy especiales.
- (28) M7: A *partir* de ese día decidimos, eh... unir nuestras vidas y la relación cambió totalmente, ya no era la relación de *noviazgos normales sin un objetivo*, sino que ya *el objetivo estaba muy bien encaminado*.
- (29) M7: Yo también me considero con, con bastante estrella para que los dos *salgamos adelante* disfrutando cada uno los momentos que estamos juntos y... metiéndole muchísimo *empuje a las situaciones*, para que podamos *más adelante* tener nuestros hijos.
- (30) M8: Lo más importante que me ha pasado a mí es haber *entrado aa... a la universidad*.
- (31) M8: Empezar como *vislumbrar* un campo laboral.
- (32) M8: Cuando yo *salí del, del bachillerato* yo me presenté pues muchísimo tiempo *después* de haber *salido* de la escuela.
- (33) M8: La gente se acostumbra tener el trabajito y no se que... y *se queda* en eso.
- (34) M9: Alguna experiencia que han hecho que *cambie de rumbo* su vida.
- (35) M9: La tenacidad, el *continuar* así eh... pese a los inconvenientes.
- (36) M9: Juntos hemos *alcanzado algunas metas, otras que no nos habíamos propuesto y otras futuras* por las que estamos trabajando.
- (37) M9: Tener una pareja así estable y saber que es buena, es un apoyo, es muy importante para uno *cumplir todas sus metas*.
- (38) M10: Un *paseo* que yo tuve a *Boyacá*.
- (39) M10: Uno *va entrando* y son árboles frutales por lado y lado.
- (40) M10: *Sigue uno entrando*, entonces ve el lugar las cabañas, piscina, sauna.

La idea de *la vida como viaje*, como se evidencia en los ejemplos, aflora constantemente en las historias de vida de mujeres. En estos ejemplos éste es un viaje caracterizado por el peregrinaje constante por distintos lugares, en los que nunca se habita de manera definitiva. Se entra a la universidad y se sale de ella; se inicia una carrera y se termina; finaliza una actividad (una etapa del camino, del viaje) –un trabajo, por ejemplo– y comienza otra; se esperan cosas y se camina hacia ellas. No es un camino solitario, en él van los hijos, el esposo, los padres, los amigos, otras personas que también caminan; se camina en compañía de unas personas que luego toman otros rumbos. Se vislumbran metas, objetivos, logros (esto es “estaciones del

camino”) y se descansa e incluso se siente felicidad cuando se llega a ellas. Es un camino incierto; a veces se consiguen metas, a veces no; a veces se alcanzan objetivos propuestos, a veces se obtienen logros inesperados, que igualmente se disfrutan; a veces la “vida toma otros rumbos”, se pierde el camino, se desorientan los viajeros. A veces se espera a personas que “vienen en camino”. Pero siempre, de manera continuada, hay un movimiento progresivo hacia delante, sin devolverse, aunque se hacen algunas paradas, se descansa; por momentos se establecen los viajeros en sitios de paso o tiendas de campaña, unos días, unos meses o unos años, pero siempre son lugares de paso y siempre el camino continúa como un verdadero peregrinaje⁶ por tierras extrañas. Algunos viajeros se cansan o no saben caminar, o se desorientan, pero se los enseña a caminar, se les orienta, se les muestra el camino, o se los toma de la mano para caminar con ellos, como a los hijos, por ejemplo. Nunca se sabe con certeza a dónde conduce el camino, parece simplemente querer asegurarse la subsistencia, una subsistencia que se aspira sea cada vez mejor en todos los sentidos (física, emotivamente), pero siempre subsistencia.

La metáfora *la vida es un escenario* mediante la cual, según se propone, los informantes hombres viven cotidianamente y expresan su existencia, es menos evidente en los relatos masculinos. Ofrezco, por lo tanto, menos ejemplos y su demostración, en efecto, es menos pletórica y clara; se constata al observar que en estas historias, el relator se sitúa como narrador omnisciente –todo lo ve, todo lo sabe– que panorámicamente observa el acontecer de la vida y, además, lo controla. Esta forma de percibir la vida como un escenario, siempre en regla, en el que ocurren hechos, se evidencia en la utilización frecuente de verbos de percepción “ver”, “observar”, “mirar”, “notar”, de verbos de conocimiento como “entender”, “comprender”, “conocer” y de predicados epistémicos explícitos usando el verbo ser/estar, en los cuales enfáticamente se dice que determinada cosa es de determinada manera o fue así, o está en determinado sitio. Observemos con detalle los ejemplos que evidencian al hombre como un observador del escenario, sin que por ello deje de ser un actor en el mismo.

6 El *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* define este término como: Andar por tierras extrañas, referido a una persona.

- (41) H1: Cuando uno normalmente sale por la calle y *ve* jóvenes, lo primero que piensa es en qué están pensando y qué están haciendo.
- (42) H2: Muchas veces yo, pues con la excusa de ir a hablar con el niño por alguna cosa, llegaba a la casa, pero lo que quería era hablar con ella, *verla*.
- (43) H3: Allí llegamos y el médico... interno de la clínica, supongo que practicante, no sé, *se veía como practicante*, eh... decidió que lo mejor era que nos devolviéramos.
- (44) H4: *Observaba* su esfuerzo al llegar algunas veces tarde después del trabajo.
- (45) H6: Resulta que sin querer, sin salir a buscarlo llegó a la puerta de mi casa y me *golpeó* y me *dijo*: “aquí estoy”.
- (46) H8: De verdad que fue algo que nos llenó de mucha alegría, *ver* cómo el proceso iba evolucionando, íbamos creciendo día a día, ellos estaban llenos de entusiasmo.
- (47) H8: *Nos vimos la cara* con los equipos más duros.
- (48) H8: Muy bien, este partido comenzó y realmente fue una gran lucha de parte y parte, *se pudo ver*, *se pudo notar* que habían grandes capacidades futbolísticas en el campo de juego.
- (49) H9: Pero después tú *ves* y son tristes, en el guayabo, por la mañana, cuando se acaba el vicio.
- (50) H10: Y a mí me llena eso, *ver* que listo, ella ya siente que eso es lo de ella.
- (51) H1: Tal vez muchas personas *piensan* en la rumba, *piensan* en el novio, en la novia, y en todo lo que normalmente se hace que es ir a bailar e ir a rumbiar, tal vez *entiendo* a los jóvenes, *entiendo* a los muchachos.
- (52) H2: Luego de, de conversar con ella y de *conocerla* más, pues *me di cuenta* que efectivamente la relación con el papá del niño era completamente nula.
- (53) H2: El contacto también con el niño, ya en, en otro rol, no en el rol del profesor, que le enseña fútbol, sino más de, digamos de papá, también me ha enseñado mucho y yo sé que él también *ha aprendido* mucho de mí.
- (54) H4: Empecé a *reconocer* otro tipo de personalidades y otras visiones de vida.
- (55) H6: A ver uno de los momentos más especiales de mi vida fue cuando *conocí* a mi novia. Yo la *conocí* a ella el 17 de abril de este año. La conocí después de un partido de fútbol [...] Me siento muy orgulloso de haberla *conocido*.
- (56) H7: Me dio a *entender* por qué era que yo vivía en Colombia.
- (57) H7: Eso sólo *lo entendí* estando allá, *lo entendí* cuando ya tuve que venir aquí.
- (58) H8: El tercer partido ganamos 10-0, *nos parecía* mentiras.

- (59) H9: Mi nombre es Juan Andrés Gómez Páez y les voy a contar el momento más espectacular de mi vida que fue, fue el día que *conocí* a Cristo y pues el día que mi novia, mi novia me *lo presentó*.
- (60) H10: Eso implicó que yo tuviera que dejar mi casa y lo mismo ella, que tuviéramos que irnos a vivir juntos con muy poquito tiempo, pues a mi modo de pensar, de *conocernos*.
- (61) H1: La experiencia que tengo es diferente a la que tiene una persona mundana.
- (62) H1: En mi casa dijeron los religiosos y era de hablar con la Virgen, vinieron a mi casa, trajo un aceite y él realmente habla con la virgen, él cerró los ojos y empezó y después al otro día me dijo: “Siéntese, caminará y seguirá su vida normalmente”, y así *fue*.
- (63) H2: La relación *se fue, se me fue* volviendo como más cercana.
- (64) H2: El niño sí se relacionaba con él, pero también *era* una relación muy lejana.
- (65) H4: *Era* uno de los menores pero *era* uno de los buenos jugadores en el barrio.
- (66) H6: Eh... las familias *han sido* también muy amables con cada uno de nosotros, obviamente.
- (67) H6: “*Es* mejor haber amado y perdido que nunca haber amado”.
- (68) H8: *Estaba* bastante tenso el ambiente.
- (69) H9: No que las que no *son* bien *sean* pues, pues... zorras, sino que que... hay mucha niña loca por ahí metiendo vicio.
- (70) H10: Eso *fue* muy verraco.

Los ejemplos 41 a 50 ilustran percepciones masculinas de los acontecimientos en los que los informantes hombres ven, observan, escuchan o captan todo, lo perciben. Por esto, en estos ejemplos se subraya la aparición de verbos de percepción. Los ejemplos 51 a 60 evidencian la percepción de los acontecimientos como sucesos conocidos, comprendidos, entendidos o sabidos por el narrador, al igual que el conocimiento de las personas. En otras palabras, el escenario –y/o sus elementos– no sólo está dentro del campo visual (véase Lakoff y Johnson, 1980, pp. 68-69) o perceptivo del narrador, sino que también está integrado en su sistema racional. En otra perspectiva, los ejemplos 61 a 70, describen los hechos o las personas y evidencian una preocupación por hacer énfasis en que, efectivamente, las personas son como el narrador dice que son o en que los sucesos ocurrieron

de la forma como lo relata el narrador; es decir, en sus relatos el hombre trata de que los hechos se vean como verdaderos. Considero este fenómeno como la expresión de un marcado interés por conservar el orden en el escenario, por ejercer control sobre éste.

En la metáfora de *la vida como escenario*, ésta se concibe esencialmente como un espacio de actuación donde se presentan obras de las más variadas índoles. A veces se presentan en escenarios abiertos, como la calle o un parque; a veces en escenarios cerrados, como la casa o un hospital. A veces se presentan obras trágicas, como la pérdida de un cupo universitario; a veces se presentan dramas como las relaciones amorosas, el nacimiento de una hija o una enfermedad superada; a veces se presentan comedias y tragicomedias como la arrasadora victoria de un equipo de fútbol. A veces, dependiendo de la obra, participan pocos actores, como en relaciones amorosas; a veces varios actores, como en los partidos de fútbol; y a veces son monólogos, como un viaje a Inglaterra. Pero siempre, el narrador es un atento vigilante que mantiene el control (así sea sólo control visual) de la situación, incluso cuando no tiene papeles totalmente protagónicos, como el nacimiento de una hija. La mayoría de las veces, la obra tiene un final feliz: conocer a Jesús, entablar una agradable relación amorosa, curarse milagrosamente de una enfermedad, una victoria deportiva en que se aplasta a los rivales –rivales además muy competentes– o una realización profesional. Incluso cuando el drama parece conducir a un final amargo, inusitadamente las situaciones mejoran y se evalúan de manera positiva, de modo que el final es, cuando menos, esperanzadoramente feliz, por lo menos no es un final amargo. Así, en el suceso del viaje a Inglaterra se considera que se hizo lo que la conciencia dice que hay que hacer finalmente –y los dictámenes de la conciencia se respetan– cuando se decidió el retorno a Colombia, y se cree que se ha tomado “la decisión más sabia” porque se han hecho las cosas como en su momento se creyó que deberían hacerse, en lo que respecta a un cupo universitario. De todas maneras, el actor aparece generalmente como un héroe legendario que vuelve a la universidad, que viaja a Inglaterra, mientras sus parientes ni siquiera conocen Bogotá; que conquista una hermosa chica o que, incluso, la chica llega a sus puertas, que obtiene de la nada, solamente con su gallardía, un campeonato de fútbol o que le parece una cosa fácil el parto de una hija porque sólo duró 25 minutos.

El uso del escenario de la vida, visto por los informantes hombres, depende de las instalaciones con que éste cuenta. “Los más habituales incluyen [...] elevadores para levantar o bajar secciones del escenario, plataformas móviles sobre las cuales es posible montar escenas, y cicloramas, que son telones de fondo curvados de lienzo o de yeso que se usan como superficies de proyección o para simular el cielo. Sobre el escenario [...] se encuentra la zona de telares, de donde cuelgan las cuerdas con las que se mueve o manipula el decorado, y que cuenta con los contrapesos –o sistemas hidráulicos– y varales de los que se suspenden luces o partes del decorado. Pueden añadirse otros dispositivos o unidades técnicas si se [encuentra] necesario” (Microsoft, *Encarta*, 2003). Se tiene a disposición los más diversos elementos para construir escenografías llamativas como plástico, metal, materiales sintéticos, papel, objetos que se dejan manejar, lugares que se mueven e, incluso, personas que se quitan y se ponen de acuerdo con la voluntad del director (el narrador). A veces se actúa en escenarios de distinto tipo: circulares, abiertos y cerrados, aunque generalmente se prefieren escenarios fijos, cuadrados y cerrados, para no perder el control sobre los cuadros y asegurarse el éxito en la escena.

Las metáforas estructurales fundamentales, mediante las que se propone que informantes hombres y mujeres conceptúan y experimentan la vida, como se muestra en los relatos analizados, no es definitiva y no está del todo establecida.

De ninguna manera se pretende en este corto escrito desarrollar una tesis con la profundidad que ameritaría su sustentación; antes bien, en los relatos de los hombres aparece con reducida frecuencia la idea de viaje, y en los relatos de mujeres, sin duda, ellas también son observadoras de los acontecimientos, son protagonistas a veces de los mismos y, sin duda, se encuentran en sus relatos enunciados epistémicos, con verbos de percepción o de conocimiento, de estructura y naturaleza similar a los de los hombres. Sin embargo, si bien las representaciones femeninas de la vida podrían considerarse un escenario, éste lo sería sólo como un escenario en movimiento; jamás ellas estarían aisladas, como observadoras externas, de los acontecimientos mismos, sino que siempre estarían involucradas de forma natural en las escenas; tampoco ejercerían la ya expuesta manipulación del escenario hecha por el hombre, sino que, más bien, dejarían que las escenas transcurrieran como son, salgan ellas afectadas o no, victoriosas o derrotadas. Sólo,

en ese sentido, considero que la vida, vista por la mujer, podría considerarse un escenario, pero definitivamente las evidencias muestran –y los estudios⁷ también– que para ellas *la vida es un viaje*. Los informantes hombres también se refieren a viajes y en sus relatos se encuentran ideas similares a las de las mujeres de trasladarse de un lugar a otro, de entrar y salir, etc., pero considero estos viajes no como parte de un continuo –como sí ocurre en los de la mujer– sino como desplazamientos esporádicos de un lugar a otro, en los que se sale de un sitio, se va a otro y puede regresarse al mismo, siempre en un escenario delimitado y abarcado por su visión panorámica de narrador –y conceptualizador– omnisciente. Definitivamente, por esto me inclino a pensar que, según estas narrativas, para los hombres *la vida es un escenario*. Por otra parte, Soler (2004, pp. 218-219) indica que en la metáfora de *la vida como viaje*, para las mujeres lo más importante es el camino, mientras que “los hombres hacen hincapié [...] en los agentes o actores de las acciones”, lo cual se constituye en una evidencia más de las metáforas estructurales que aquí se proponen.

Aunque, en cierta medida ya se ha expuesto, profundicemos en esta segunda parte en los papeles que, de acuerdo con los relatos, los hombres desempeñan en el escenario y las mujeres en *el viaje*. En el viaje, *las mujeres son viajeras*; no se trata de un movimiento rectilíneo que atraviesa por su vista, sino de un viaje en el que ellas participan activamente. Ese viaje, caracterizado de manera ideal por un movimiento horizontal y circular, comprende múltiples eventos que ocurren durante el viaje. Participan de él numerosos viajeros con los que se establecen relaciones de diverso género, y se desarrolla atravesando por distintos lugares. La manera como se representa a las personas, los objetos, las relaciones o los sentimientos y los lugares, puede ser crucial para entender, con mayor evidencia, la manera en que la mujer entiende la vida como viaje. Observemos los ejemplos:

- (71) M1: Uno *sale adelante* con muchas dificultades.
- (72) M5: Se empezó a notar que David *venía en camino*.
- (73) M1: El poderme *realizar* como madre, como mujer, el hecho de haber tenido a mis hijos.

7 Al igual que Sandra Soler (2004), George Lakoff y Mark Turner (1989) también se refieren con amplitud a esta metáfora anclada en la ideología de la cultura occidental.

- (74) M2: Voy a salir muy bien *preparada* [de la universidad].
- (75) M2: Ellos sé que tienen todo *el potencial*, un muy *buen potencial*.
- (76) M5: Darle todo lo que yo podía *ofrecerle* aun cuando yo era una niña.
- (77) M1: Para mí es *rico* [...] *me tienen en cuenta y me piden su consejo*.
- (78) M1: Además mis *hijos* son *preciosos* tuve también la oportunidad de tenerlos joven y de *disfrutarlos* [...] tener la experiencia de *llevarlos* a su colegio.
- (79) M1: Me he dado cuenta que los muchachos pues a esa edad ya se les *salen de las manos a los papás*; yo me doy por bien servida porque tengo unos *hijos* que, a Dios gracias, todavía puedo *manejar*.
- (80) M2: Ehh he conocido muchas *personas* que me han brindado el *apoyo* eh, como Jenifer Aldana, Catalina Cáceres, Diego Calderón que siempre han estado conmigo, hacemos todos juntos, pues los trabajos y las cosas que, que son pues del medio.
- (81) M1: En este momento, pues, con Redes, *esperando* a ver qué otra cosa se puede hacer *colaborándole* a la gente, *colaborándole* a todas aquellas personas que, que pueden necesitar alguna ayuda.
- (82) M3: Lástima que *no haya conocido*, pues, *ese espacio* antes.
- (83) M5: Entonces llegó el *momento* en que supe que estaba embarazada de David.
- (84) M5: Pues en el momento *pasaron muchas cosas: no tenerlo, tenerlo, darlo en adopción*.
- (85) M5: Me había *metido* en eso [en un embarazo].

Aunque los ejemplos 1 a 40 evidencian en la metáfora femenina *la vida es un viaje*, que las informantes mujeres se ven como viajeras, vale la pena recordarlo con el ejemplo 71. Sin embargo, la metáfora no se limita sólo a ellas mismas y se extiende a todas las personas, como puede verse en el ejemplo 72; de este modo, *las personas son viajeras* o, si se prefiere, *las personas son objetos en movimiento*. La realización de la mujer como personas en el *viaje*, comúnmente se ha circunscrito al hecho de ser madres, como muestra el ejemplo 73, aunque también se concibe que las mujeres se realizan personal y profesionalmente en una universidad, desempeñando con su profesión un papel activo en la sociedad (ejemplo 74). En el primer caso, se concibe que *las mujeres son productos elaborados*; en este sentido, la sociedad o la misma naturaleza, las elabora como mujeres y personas al hacerlas “madres” y al hacerlas desempeñar funciones específicas como

progenitoras. En el segundo caso, se concibe que las *mujeres son sustancias elaboradas*, en el sentido de que se preparan como personas con roles sociales en una universidad. En relación con esta metáfora, se concibe también que las *mujeres son máquinas*, como muestra el ejemplo 75 y evidenciado en otras expresiones metafóricas como “invertir la energía que uno quisiera (informante 3)”. Las mujeres también se conciben como generadoras de sentimientos (ejemplo 76), al mismo tiempo que son recipientes de ellos (ejemplo 77), esto es *las personas son recipientes*. Las mujeres conciben que *los hijos son objetos preciosos* y, por lo tanto, delicados, que requieren atención y protección, como muestra el ejemplo 78, y que se pueden sujetar con las manos, como muestra el ejemplo 79. Las personas viajeras en la vida son vistas por las mujeres como un apoyo, según muestra el ejemplo 80, pero ellas también son un apoyo para las personas, en consecuencia *las personas son objetos firmes*, en los que uno se puede apoyar. Los espacios y lugares si bien son concebidos como lugares, se entienden más como sitios de paso, como evidencian los ejemplos 81 y 82. El ejemplo 83 revela que para las mujeres *los acontecimientos son objetos que se mueven*, y el 84, que *las ideas son objetos que se mueven*. El ejemplo 85, por último, evidencia que para las mujeres *los conflictos son recipientes*.

En todas estas metáforas, principalmente estructurales y ontológicas, permanece en cierto modo la idea de movimiento propia del viaje. Si bien, en ciertos casos, las personas se perciben como objetos o máquinas, éstos son objetos que permanecen en movimiento, sean madres o sean mujeres profesionales o con metas profesionales. La conceptualización de los hijos como objetos preciosos que hay que proteger, llevar y dirigir evidencia también la idea de viaje. De la misma manera, los acontecimientos de la vida son objetos en movimiento, en tanto transitan de un momento a otro momento, y también las ideas. Igualmente en la conceptualización de los problemas como recipientes subyace la idea de movimiento, en tanto son recipientes que impiden el avance a los viajeros. La conceptualización de las personas como objetos firmes es sólo una manera más de entender que la vida es un camino lleno de obstáculos, escollos, atolladeros y barreras, que para ser salvados o saltados, se requiere apoyarse en otros viajeros, a manera de rampas.

En el *escenario*, los hombres son actores. Se desempeñan en la escena con papeles, generalmente protagónicos, casi siempre activos. Sus movi-

mientos y desplazamientos en el escenario –es decir en la vida– corresponden a movimientos verticales, en los que ellos ascienden en la escala socioeconómica, o simplemente se imponen o ejercen de alguna manera el control sobre otras personas, sobre objetos o sobre las situaciones. Son movimientos verticales ascendentes, cuya representación ideal parece ser una escalera, en los que se superponen y obtienen posiciones de dominio. La manera como ellos perciben personas, objetos, relaciones, situaciones y sentimientos, así como lugares, puede ilustrar también la metáfora estructural de la vida como escenario.

- (86) H6: En ningún momento pensé, pues, en el momento llegar a *caerle*.
- (87) H6: Todas las mañanas *me levanto* con más vitalidad, *con mucha más fuerza para seguir viviendo*.
- (88) H7: Pues yo creo que el momento más importante fue... mm... eh... *mi viaje a Inglaterra* [...] Eh, además porque de mi familia nadie, o sea apenas *nadie, mejor dicho si han venido a Bogotá ha sido suerte*.
- (89) H8: Cuando llegamos a los cuartos de final, nos llenamos de una gran emoción de sentir que habíamos *empezado de abajo y que ya íbamos a llegar a la cumbre*.
- (90) H8: Nunca imaginamos llegar hasta esta, hasta este *triumfo*, hasta esta meta, un *gran peldaño* para la vida de ellos, dejamos *muy alto* el nombre del colegio, qué gran acontecimiento.
- (91) H8: *Nos vimos la cara* con los equipos más duros.
- (92) H8: *Nos encontramos* allí frente al otro equipo.
- (93) H7: Sentí que estaba *vinculado* al mundo, como que no era un peregrino más de Colombia, sino que era una persona (risas) que podía estar *conectado* hacia afuera.
- (94) H7: Yo siento que se *perdió* una opción, una opción que hubiera podido *capitalizar* mejor y que la hubiera podido *capitalizar* mejor.
- (95) H9: También tuve muchas *nenas espectaculares*... de las bien y de las otras [entre risas]. No que las que no son bien, sean pues, pues... *zorras*, sino que que... hay mucha niña loca por hay metiendo vicio, [...] te mandan *el zarpazo*.
- (96) H6: Ha sido la más sincera, ha sido la más especial y pues, la que *me ha mostrado sus sentimientos a... cuerpo completo*.
- (97) H8: Ellos estaban *llenos de entusiasmo*.

- (98) H9: El momento más importante de mi vida fue el día, el día que *recibí a Cristo en el corazón*.
- (99) H9: Le *di* más duro *al vicio*.
- H10: Traté de, de *aislar* completamente *ese factor* [aislar de su desempeño académico en la universidad el hecho de que su novia estuviese embarazada].

Los ejemplos 86 a 90 evidencian movimientos verticales ascendentes, mediante los cuales los informantes hombres consiguen objetivos –o bien movimientos descendentes en los cuales se ejerce dominio sobre un objeto que está debajo “caerle a una mujer” –. Estos movimientos, les permiten, pues, conquistar a una mujer (ejemplo 86), tener fuerza para vivir (ejemplo 87), adquirir estatus social sobre otros miembros de la familia (ejemplo 88), u obtener triunfos deportivos (ejemplo 89) y hacerse a un honor y un prestigio de cualquier naturaleza (ejemplo 90). De estas expresiones metafóricas se derivan varias metáforas orientacionales mediante las cuales, según la evidencia, viven cotidianamente los hombres: *arriba es mejor, control es arriba, triunfo es arriba*. Estas metáforas se constatan, además, en los ejemplos 91 y 92, en las cuales se representan enfrentamientos horizontales *cara a cara, frente a frente* con el fin exclusivo de obtener el triunfo y el control y por lo tanto *estar arriba*. El ejemplo 93 corresponde a una expresión metafórica en que al hombre se lo representa como una máquina o instrumento eléctrico que se conecta, se liga o se vincula a la sociedad para, por lo general, ascender en la escala socioeconómica y estar *arriba*. En síntesis, *los hombres son aparatos eléctricos* o, si se prefiere, *las personas son máquinas*.

Esta particular manera del hombre participar en el *escenario* de la vida implica un particular sistema de valores masculino, en el cual los objetos, los acontecimientos, las personas se valoran en términos económicos, como se evidencia claramente en las expresiones metafóricas del ejemplo 94. En ese sentido, la metaforización tanto de acontecimientos como de oportunidades excepcionales de ascenso económico –pues el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* define el término “oportunidad” como: “coyuntura, conveniencia o sazón de tiempo y de lugar” –sería *las oportunidades son dinero*, o bien, *las oportunidades son recursos*. En el ejemplo 95 se muestra claramente la concepción de la mujer como un objeto que se posee y, por lo tanto, *las mujeres son objetos*, y, siendo objetos, se pueden retener, mover, desplazar, dejar, etc. Por otra parte, este mismo ejemplo metaforiza a la mujer

en términos de animales, como “zorra” y “pantera” o cualquier otro animal que lance zarpazos, es decir las mujeres son animales peligrosos, *las mujeres son animales desleales* o *las mujeres son animales salvajes*. En el ejemplo 96 *los sentimientos son objetos*; por tanto, se metaforizan como entidades que se tienen guardadas, se pueden sacar y se pueden mostrar. Además, el hombre se conceptúa a sí mismo como recipiente de los sentimientos, y en general a las personas, como muestran los ejemplos 97 y 98, *las personas son recipientes*. Los últimos dos ejemplos manifiestan los acontecimientos y comportamientos, como el hecho de practicar un vicio o el embarazo de una mujer, conceptuados como objetos delimitados a los que se les puede dar o que se pueden aislar, esconder, en ese sentido *los acontecimientos son objetos*.

Este conjunto de metáforas masculinas de la vida, mayoritariamente orientacionales, evidencian, en cierto modo, la concepción masculina espacial de la vida, que redundan en *la vida es un escenario*. Así, la vida se configura en el sistema conceptual del hombre como un escenario en el que están presentes unos objetos, unos lugares, participan unos actores y ocurren unos eventos que hay que controlar de alguna manera. A las personas hay que vencerlas, derrotarlas, sobre todo si se trata de personas que obstaculicen el movimiento vertical ascendente del hombre; a otras personas, las mujeres, hay que poseerlas y domesticarlas; de los objetos hay que apropiarse y los lugares hay que conquistarlos y habitarlos.

Las particulares formas en que nuestros informantes hombres y mujeres metaforizan sus realidades redundan en las posiciones y funciones que la sociedad les ha adjudicado tradicionalmente a hombres y mujeres. Son la expresión más evidente de esta desigual realidad y, al mismo tiempo, son el mecanismo más seguro de perpetuarla. En los resultados de su estudio, Soler (2004, pp. 218-219) indicaba que estos sistemas conceptuales y sociales se corresponden con las realidades cotidianas experimentadas por hombres y mujeres, incluso desde la infancia, pues “desde pequeños los niños en términos de competencia y rivalidad”, tratan de conquistar el poder, mientras que a las mujeres se les ha asignado “trabajos domésticos, privados y ocultos”, como el cuidado de la casa, la educación cotidiana de los hijos, el cuidado de abuelos o de enfermos, etc.

Paradójicamente, a las labores domésticas e íntimas que en la sociedad se les ha asignado a las mujeres, y a los cargos públicos y visibles desempeñados por el hombre, en este artículo concluyo que la vida de la mujer es,

en esencia, nómada, y la del hombre, sedentaria. El sedentarismo, para mí característico de la vida masculina y de sus representaciones metafóricas, es definido por el *Diccionario de Planeta De Agostini* como “Un modo de vida en que los grupos humanos presentan un asentamiento permanente en un lugar fijo de residencia”. El nomadismo, para mí característico del modo de vida femenino, según las historias de vida analizadas, y de sus metaforizaciones de la vida, lo define el mismo diccionario como “Un modo de vida caracterizado por el desplazamiento de grupos humanos sin residencia fija con el fin de asegurar su subsistencia”. Desde luego que la correspondencia no es unívoca, pero la manera como las informantes mujeres comprenden el camino de su viaje, como un camino incierto, sin un destino fijo, en el cual pueden encontrarse inusitadas desviaciones, vislumbrarse metas, volverse más borrosas, perderse los viajeros, alcanzarse algunas metas, perseguir otras y, sobre todo, que los lugares por donde transitan en su viaje nunca son sitios de residencia permanente –la mujer no habita dichos espacios (por lo menos no plenamente)– y que el viaje nunca se detiene, conducen a pensar que, efectivamente, el estilo de vida femenino es nómada y sus metaforizaciones de la vida como viaje autorizan a pensarlo. Igualmente, dada la comprensión masculina acerca de la vida, en la cual ésta se concibe de manera espacial como un escenario, en donde el hombre anhela alcanzar posiciones de dominio sobre otros para lograr una vida más estable, relajada, tranquila y quieta, que le proporcione bienestar a él especialmente y, en segundo lugar, a su familia, así como las metáforas masculinas de la vida, inducen a pensar que el estilo de vida masculino es sedentario. Aunque en definitiva, los estilos de vida de hombres y mujeres nunca sean totalmente nómadas o sedentarios, éstos son los modelos de vida que les propone la sociedad occidental industrializada.

No es casual que en la cultura occidental el estilo de vida sedentaria haya agredido de modo semejante al nomadismo, al punto de que estos grupos prácticamente no existen, y cuando existen permanecen generalmente ocultos y desprovistos del sistema original de prácticas culturales en el que eran errantes pastoriles (considérese, por ejemplo, el caso de los gitanos). Según la *Enciclopedia Encarta* este estilo de vida se conserva en su mejor expresión en sociedades africanas, cuyas tierras yermas permiten todavía el nomadismo como un modo de subsistencia provechoso, eficaz y, más o menos, igualitario. Por otra parte, en las sociedades occidentales que

conservan reductos de población nómada, frecuentemente esta población afronta problemas de salud y, cuanto más, de acceso a sistemas educativos y laborales, y a veces sufren situaciones de discriminación.

Con la misma agresividad, el estilo de vida sedentario masculino ha acometido a la mujer. La economía del sedentarismo busca especialmente capitalizar propiedades, apoderarse de terrenos, poseer bienes, industrias, subyugar a las personas y ponerlas a su servicio. Este comportamiento sedentario masculino, aunque modernamente haya aumentado en intensidad y sofisticado sus instrumentos de dominio, no es algo nuevo en la sociedad occidental. Tradicionalmente, en esta cultura, el hombre ha sido capitalizador de propiedades, terrateniente o patrono, y la mujer ha tenido un papel marginal. La mujer, en el mejor de los casos, desempeñaba un papel *comitativo*, *acompañaba al hombre, iba con él*, a veces con el rostro oculto, a veces descubierto para que el hombre pudiera exhibir sus propiedades personales. Por esta razón, considero que se ha originado el estilo de vida nómada femenino que sustento. En la sociedad occidental, la mujer nunca ha tenido una residencia fija, su camino es incierto, sus metas imprecisas; sus lugares de residencia varían según la complacencia de sus esposos, sus caminos dependen de él y de los caminos que negocie con él. Sus metas, aunque casi siempre proyectivas, varían según las circunstancias de su vida conyugal o familiar. Un buen traslado al exterior del trabajo de un hombre, que le permita *ascender* en la escala social, suele ser motivo suficiente para que una mujer occidental –su esposa– abandone su profesión, su trabajo y su familia y se trace nuevas metas, nuevos horizontes y recorra nuevas sendas, al fin y al cabo *la vida es un viaje*.

Por razones antes expuestas, concluyo que la sociedad ha impuesto un estilo de vida peregrino a la mujer y ha favorecido al hombre con un estilo de vida sedentario. Por su parte, el hombre continúa capitalizando, sedentariizándose, conquistando terrenos, adquiriendo propiedades, excluyendo casi siempre a la mujer –incluso a las mujeres más cercanas–, al fin y al cabo *la vida es un escenario*, en él ocurren sucesos como estos.

Referencias

- LAKOFF, G. Y JOHNSON, M. (1980). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- LAKOFF, G. Y TURNER, M. (1989). *More than Cool Reason*. Chicago: The University of Chicago Press.
- MICROSOFT (2003). *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*. En Biblioteca Encarta.
- SOLER, S. (2004). *Género y metáfora*. En *Discurso y género en historias de vida*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- VARIOS AUTORES (2002). *Enciclopedia Temática Sapiens*. Barcelona: Planeta De Agostini.